

## 8. DEL REY QUE AJUSTA CUENTAS CON SUS SIERVOS

«En aquel tiempo, acercándose Pedro a Jesús le preguntó: *¿Cuántas veces tengo que perdonar mi hermano las ofensas que me haga? ¿Hasta siete veces? Jesús le contestó: No te digo hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete.*

*Y les propuso esta parábola: El Reino de los Cielos es semejante a un rey que quiso ajustar sus cuentas con sus empleados. Al empezar a tomarlas, le presentaron uno que debía diez mil talentos. Como no tenía con qué pagar, el señor mandó que lo vendieran con su mujer y sus hijos y todo cuanto tenía y que le pagara así la deuda. El empleado, arrojándose a sus pies, le suplicaba diciendo: Ten paciencia conmigo y te lo pagaré todo. El señor tuvo lástima de aquel empleado y lo dejó marchar, perdonándole la deuda. Pero el empleado al salir encontró a uno de sus compañeros que le debía cien denarios y agarrándolo lo estrangulaba diciendo: Págame lo que me debes...*

*Lo mismo hará con vosotros mi Padre del cielo con el que no perdona de corazón a su hermano» (Mt 18,21-35).*

**El Evangelista San Mateo** refiere el diálogo de Pedro con Jesús, sobre el perdón, que ilumina con la parábola de un rey que quiso ajustar las cuentas con sus empleados.

El judaísmo ya conocía el deber del perdón de las ofensas, pero era todavía una conquista reciente que no conseguía imponerse. Las escuelas rabínicas exigían a sus discípulos que perdonasen, pero según unas tarifas precisas, unas cuantas veces; de ahí, la pregunta de Pedro, preocupado por saber, cuál era la tarifa de Jesús.

Con la parábola, el Maestro le contesta que el perdón está fuera de toda tarifa, pues es el signo del perdón recibido de Dios. El perdón ya no es únicamente un deber moral con tarifa, sino la referencia, el eco de la conciencia de haber sido perdonado. Es la característica del perdón cristiano, que perdona, como ha sido perdonado, se apiada del compañero, porque él antes obtuvo compasión (vv. 17,33; Os 6,6; Mt 9,13; 12,7). Llega a ser así una especie de virtud teologal que prolonga, para el otro, el provecho del perdón dado por Dios (Col 3,13; Mt 6,14-15; 2 Co 5,18-20).

Pedro, la piedra-cimiento del edificio, Iglesia, pregunta por los límites del perdón de las ofensas entre hermanos. Preguntar es propio del discípulo, deseoso de aprender. En un claro indicio del carácter didáctico de su evangelio, Mateo prodiga las preguntas de los discípulos al Maestro y, en concreto, de Pedro. La pregunta y la respuesta barajan las mismas cifras que expone Génesis 4,24, al apuntar la venganza como base de actuación: "Si la venganza de Caín valía por siete, la de Lamec valdrá por setenta y siete". Estas cifras colocan el perdón en la base de actuación superadora de la venganza.

La respuesta del Maestro tiene un desarrollo gráfico en la parábola. No se trata de una parábola pura, pues el versículo final ofrece la explicación: *Lo mismo hará mi Padre Celestial con aquel de vosotros que no perdona de corazón a su hermano.* Con la parábola, el Maestro le contesta que el perdón está fuera de toda tarifa, pues es el signo del perdón recibido de Dios. El sentido se concreta en la siguiente equiparación dinámica: "Aquel de vosotros que no perdona a su hermano se comporta, igual que el empleado incapaz de perdonar una pequeña deuda a un compañero suyo, después de que, a él, se le ha perdonado una enorme deuda. El perdonado no sabe perdonar; los perdonados por Dios no saben perdonar al hermano. En conjunto, la parábola aporta, pues, un elemento nuevo; el discípulo de Jesús no debe poner límites al perdón, porque sabe con creces lo que significa ser perdonado. El perdón ya no es únicamente un deber moral con tarifa, sino la referencia, el eco de la conciencia de haber sido perdonado. Es la característica del perdón cristiano, que perdona como ha sido perdonado, se apiada del compañero, porque él obtuvo compasión (vv. 17,33; Os 6,6; Mt 9,13; 12,7). Llega a ser así una especie de virtud teologal que prolonga, para el otro, el provecho del perdón dado por Dios (Col 3,13; Mt 6,14-15; 2 Co 5,18-20).

En la respuesta, Jesucristo enseña a Pedro, que no se pueden poner límites al perdón, hay que perdonar siempre, perdonar a los demás indefinidamente, porque únicamente el

perdón sin límites se parece al perdón de Dios, porque todos hemos de tener conciencia de haber sido perdonados sin medida por Dios: así proclamamos la Buena Nueva del perdón de Dios. El perdón que propone Jesús es la renuncia incluso a la compensación justa por daños y perjuicios; ser discípulo de Jesús es ser diferente, pues equivale a poner en marcha la utopía. El discípulo se sabe perdonado por Dios y vive desde la experiencia de ese perdón; se sabe envuelto en gracia. Por eso, lo que brota del discípulo nunca serán exigencias, sino donación, perdón y gratuidad. El perdón de Dios es el motivo y la medida del perdón fraterno. La pauta es Jesucristo: "que os améis mutuamente como yo os he amado" (Jn 13,34).

Dios es Padre de perdón y misericordioso. La Cruz es el signo eminente y sublime del perdón a la humanidad pecadora. En su dimensión penitencial, la Iglesia ejerce el perdón de Dios, pero la fraternidad del cristiano perdonado no es real y significativa para el mundo, sino en la medida en que imparte efectivamente el perdón y edifica la paz. La nota más expresiva de la misericordia de Dios, manifiesta en su perdón al mal uso de nuestra libertad y en toda su acción con el hombre, es la imposibilidad de poder ser pagada de alguna manera; es auténtico amor a fondo perdido; Dios nada gana con querernos.

La tradición bíblica presenta a un Dios que ama a un pueblo que no se lo merece ni tiene ninguna otra oferta y cualidad o valor antecedente. Dios nos ama porque quiere; no existe otra razón. A nosotros, se nos invita a actuar en gratuidad, amando a los enemigos y dando a quien no nos puede dar. Los hombres no pueden negar el perdón a los demás, porque, a todos, Dios les ha perdonado muchísimo más; no pueden ignorar que su actitud en lo referente a sus hermanos compromete su propia situación ante Dios. Si su relación con el prójimo es vivida bajo la maldad, no hay razón para que su propia relación con Dios se viva de otra manera; pero entonces son ellos las víctimas.

Comerciar con el amor y la relación humana "también lo hacen los publicanos y fariseos". La seguridad del amor de Dios, gracia inmerecida e impagable, potencia nuestra entrega más allá de cualquier norma establecida. En una sociedad utilitarista competitiva y consumista, la gratuidad resulta de difícil comprensión. El creyente se ve también afectado e incluso contagiado por ese entorno. La búsqueda de influencias sociales, el cultivo interesado de las "relaciones públicas" el estar a bien con quien nos puede valer, el hacer favores, para poderlos cobrar, son tentaciones de cada día.

Desde el utilitarismo habitual, preguntarse, para qué me puede servir o para qué perdonar a quien no me puede pagar en la misma moneda, suele ser un interrogante que brota de forma espontánea. La referencia a un Dios que se nos da como pura gracia, de manera gratuita, ha de servirnos no sólo, para organizar evangélicamente nuestro corazón, sino también para purificar las acciones de nuestra comunidad y no confundir el proselitismo con el verdadero servicio.

Esta parábola está construida sobre una doble relación. La relación del siervo con el rey y la de los siervos entre sí. El siervo malo debía de pensar que estas dos relaciones son distintas, que su comportamiento para con los demás siervos no tendría importancia por lo que hace a su relación con el rey. Lo contrario es la verdad: ambas son sólo una. Si el rey, en relación a los siervos, está dispuesto al favor, exactamente lo mismo han de hacer ellos entre sí; en definitiva, hay un único juego de relación, único, aunque complejo, el de los hombres entre sí y de los hombres con Dios.

San Pablo dice a los romanos que deben atenerse a su propia conciencia y no condenar a los demás; pues todos somos del Señor y nadie es esclavo del otro ni puede juzgar y decidir sobre su vida. El Señor es el que juzga y a quien debemos atenernos tanto en la vida, como en la muerte. A él sólo pertenecemos, ya que sólo él murió para destruir nuestra muerte y resucitó para darnos vida abundante (Rm 14,7-9); insta a ejercer la caridad a pesar de opiniones divergentes, que afectan concretamente a prácticas religiosas. Este consejo es siempre válido frente a todas las tensiones dentro de la Iglesia, aun en acciones, como el vivir y morir, que parecerían individuales y sólo personales.